



### PACTO TREMENDO

En una ciudad, de cuyo nombre me acuerdo, pero no quiero decirlo, vivían á mediados del pasado siglo, dos caballeros de encumbrada posición social, famoso jurisconsulto el uno, lumbrera médica el otro; tan descreídos ambos, que no creían ni en la madre que les dió el sér. La igualdad de ideas unióles en estrecha amistad, y rara era la vez que Palacios y Manríquez no se veían juntos en los paseos, y frecuentemente reuníanse á comer, ora en la casa del abogado, ora en la del médico.

Un día, con motivo del cumpleaños de Palacios, hubo en la casa de éste espléndido banquete, al que concurrieron muchos de sus amigos.

El licor escancióse con prodigalidad, y al concluir la comida, el señor licenciado, sonando con un cubierto el fino cristal de la henchida copa, impuso silencio á la gárrula vocinglería de los comensales.

Iba á brindar.

Llenáronse sendas copas, y todos se pusieron en pie:

Lo que el abogado dijo no es para trasladarse al papel. Fué un brindis tan horriblemente blasfemo, que puso los pelos de punta aun á los menos creyentes. Sólo Manríquez, entusiasmado, estrechó con efusión la mano de su amigo.

Entre copa y copa siguieron hablando de cuanto á las mientes les vino; pero el abogado, de rato en rato, volvía al tema que sin duda le preocupaba: la vida de ultratumba.

—No hay infierno, exclamó con colé-rica arrogancia, ¿qué opinas tú, Manríquez?

—Que no hay, contestó el interpelado.

—Ea, vamos haciendo un trato. El que muera primero de los dos, viene del otro mundo á decir al que le sobreviva si en efecto hay infierno.

—Convenido, repuso Manríquez.

Y los dos amigos sellaron el pacto con un fuerte apretón de manos.

II

Pasaron algunos años. El médico abandonó su ciudad natal y radicóse en la capital de la República; y el abogado inclinó la altiva cerviz á la matrimonial coyunda. Al principio de la partida de Manríquez, la correspondencia era activísima entre los dos amigos; pero con el tiempo, que es enfriador de afectos, aún de los más íntimos, la correspondencia fué poco á poco disminuyendo, hasta cesar completamente.

Palacios repartía su tiempo entre los trabajos profesionales y las dulzuras de un hogar perfumado por las virtudes de la esposa.

Una noche, el abogado no podía conciliar el sueño; después de algunas horas de voltear, con breves intervalos, el cuerpo de un lado á otro, logró dormir un poco; pero al toque de Avemarías incorporóse sobresaltado. Oyó abrir de un sólo golpe la puerta de la recámara, y á la tenue luz de la aurora vió entrar á Manríquez, su antiguo amigo.

Antes de que Palacios tuviese tiempo de interrogarle, díjole Manríquez:

—He venido á cumplir nuestro pacto.

Y subiendo de tono la voz hasta trocarse en alarido, agregó:

—¡Si hay infierno, y muy terrible!

Dijo y fuése luego cerrando la puerta.

Palacios creyó estar dormido. Llevóse la diestra á la frente como para despejarla.

—No, no, exclamó; estoy bien despierto! ¡No hay duda, es él, Manríquez!

Vino luego á su memoria el pacto celebrado en la orgía de antaño, y sudoroso y temblando dejó el lecho para escudriñar la puerta de la habitación. Estaba cerrada tal como él la dejó la víspera. Dió voces aterrorizado, llamando á su esposa, que dormía en la contigua alcoba. Acudió luego, y como nada sabía del tremendo pacto, tranquilizó á su esposo creyéndole víctima de horrible pesadilla.

III

El licenciado, cotidianamente, después de abandonar el lecho y asearse, se dirigía al comedor. Si el cartero dejaba correspondencia, el mozo colocábala en la mesa á la vista del amo. Habían transcurrido quince días de aquella pesadilla, pues Palacios no se atrevía á llamarla realidad, cuando dirigióse como de costumbre al comedor, donde el mozo sirvió el chocolate y salió en seguida.

El abogado fijóse en la correspondencia. Entre las cartas había una de luto que llamó su atención, abriéndola, y al leerla, el más hondo terror dibujóse en el rostro de Palacios. Era una esquela de defunción. Manríquez había muerto en México exactamente á la misma hora que le había hablado hacia dos semanas. La esquela no sufrió demora. Era el tiempo suficiente para el correo que entonces transportaba la diligencia.

El terror del abogado llegó hasta el pánico y cayó en cama gravemente enfermo.

Por más de un mes luchó entre la vida y la muerte; pero salvóse al fin, y la convalecencia fué larga y penosa.

El rosado color de Palacios tornóse desde esa época en cadavérico, y su carácter modificóse profundamente.

¿Creyó en la aparición de su amigo? Sólo puedo decir que, apenas fuera de peligro de la grave enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro, compró un antiguo templo, que por falta de piadosos donativos no pudo concluirse, y lo concluyó por su propia cuenta, y en lo sucesivo llevó una vida morigerada y devota.



### POR EL IDEAL

#### I.

Juventud, energía, talento, varonil hermosura, todo aunaban Jorge y Rafael, dos hermanos gemelos que se amaban con hondo afecto. Juntos desde la cuna, juntos en el materno regazo; juntos en el colegio; no parecían sino una sola alma en distintos cuerpos. Hízoles la naturaleza tan semejantes en las facciones, que frecuentemente confundían al uno con el otro, hasta sus condiscípulos y amigos, y cuéntase que la madre, para distinguirlos cuando pequeños, ataba un hilo rojo en el dedo meñique de Jorge.

En íntima unión de voluntades crecieron hasta los veintiún años, en que la divergencia de ideas políticas empezó á separarlos. Y de común acuerdo, para que